

LA MUJER QUE AMABA DEMASIADO

BEATRIZ BERGAMÍN

Inspirado en el cuento *Una buena mujer* de Antón Chéjov.

Dedicado a mi hermana Rosario

Una buena mujer.

Una silla frágil. Sobre la silla: un libro de cuentos rusos.

Una mesa de madera. Sobre la mesa: una botella de vodka, un vasito, un martillo, una cabeza de vaca.

Todo el suelo cubierto de plumas.

Ella lleva unas gafas de sol muy grandes. La boca roja. El pelo corto, abultado y rizado. Pantalones mínimos. Unas botas altas de cowboy. Una boa negra de plumas cubriendo – a ratos – su pecho desnudo.

OLENKA

Se sirve un chupito de vodka. Habla a público.

Yo creo en Dios.

Golpea el vasito en la mesa y bebe.

Yo amo a Dios. Y a los hombres.

Se sirve, golpe y bebe.

Yo amo a los hombres.

Se sirve.

LA MUJER QUE AMABA DEMASIADO

Yo creo en los hombres como si fueran dioses y en Dios como si fuera un hombre.

Yo soy una buena mujer.

Golpe y bebe.

Yo soy una mujer buena.

Se sirve.

Yo tengo mi propia opinión.

Golpe y bebe.

Yo opino sobre Dios y sobre los hombres.

Sobre mí opinen ustedes lo que quieran.

Se sirve.

Yo sé quién soy.

Golpe y bebe.

Yo soy una mujer que ama demasiado.

Empieza a servirse. Se detiene.

¿Demasiado?

Mira a público.

¿Qué es demasiado?

De carrerilla.

¿Los demasiados se miden por encima o por debajo del centro? ¿De izquierda a derecha o al contrario? ¿A partir del medio? ¿Cuál es el medio y el punto? Y ¿el punto medio? Y ¿hasta dónde llega lo que se sale del medio? ¿Cuánto mide un demasiado? ¿Pesa? ¿Cuándo empieza el demasiado? ¿A partir de cuándo empieza a ser demasiado? Y ¿quién marca lo que es justo, correcto o equilibrado? Porque... ¿A partir de cuándo el amor, o eso que se entrega y se superpone, comienza a ser demasiado? Y ¿por qué el centro o el amor explotan y se derraman todos los bordes del amor? Y ¿por qué no es bueno -o acaso es perverso- salirse de los bordes? Y ¿quién dice que en el demasiado mucho esté el mal o en el demasiado poco esté el bien o entre el bien y el mal haya un demasiado?

Pausa.

Yo, aunque no lo crean, tengo mi propia opinión.

Sobre el bien y sobre el mal.

La tengo.

Pero no la tengo al gusto de todos, aunque tenga el gusto de compartirla.

Sobre el demasiado mucho y el demasiado poco tengo mi propia opinión.

Se ríe.

Ahora ustedes, o la mitad de ustedes como mínimo o como poco, habrán pensado... claro, pobre mujer, que no sabemos si es una buena mujer o una mujer buena. Por eso bebe.

Se ríe.

No, no es por eso. No es por nada. Es por ellos. Por todos los que se han quedado, al borde.

Coge la botella de vodka.

MÚSICA: "Yumeje's theme" de Shigeru Umebayashi

OLENKA baila. Su cuerpo se desplaza en el espacio.

Las plumas se levantan del suelo.

Mientras baila.

El amor existe. Dios existe. Los hombres existen. El teatro existe. El público existe. La madera existe. El olor a madera existe. Los animales existen. Las enfermedades de los animales existen. Los cuentos rusos existen.

El teatro es lo más importante y útil del mundo.

La madera es lo más importante y útil del mundo.

Los animales son lo más importante y útil del mundo.

El amor es lo más importante y útil del mundo.

Tener opinión es lo más importante y útil del mundo.

¿Y yo? ¿Soy yo lo menos importante y lo más inútil del mundo?

LA MUJER QUE AMABA DEMASIADO

Silencio. Deja de bailar. Se detiene. Mira el libro, no lo toca.

El libro se abre solo, pasan las páginas, nadie lo toca.

Una vez leí un cuento ruso.

Lo leí porque mi hermana me dijo: tienes que leer a los rusos. Los rusos no cuentan cuentos. Los rusos son rusos y eso es todo... y eso es nada. En los cuentos rusos no hay tiempo de darse cuenta de lo que pasa porque pasa de todo, todo el tiempo. Hay una luz de invierno, en los cuentos rusos, que me hace ser mejor persona. Hay jardines que se acaban, bosques que se venden, personas que se aman, hombres que se callan. Y médicos, muchos médicos y también veterinarios. Casas de campo, gaviotas muertas, teatros frente a lagos. Viento. En los cuentos rusos hay filosofía, y esto no lo digo yo, que me lo dijo mi hermana.

Sonido: lluvia.

El cuento ruso que leí se titula *Una buena mujer*, del escritor Antón Chéjov, el ruso más ruso de todos los escritores rusos. Era verano, no en el cuento, era verano cuando yo lo leí. En el cuento hacía frío y al principio llovía muchísimo pero gracias a eso, a la lluvia, él y ella comienzan a hablar. No desde el principio, claro. Primero hay silencio y después hablan.

Silencio.

En la vida las cosas no pasan así, por eso pasa lo que pasa. La gente habla sin silencio previo, a la desesperada, de pronto se ponen a hablar como si las palabras no tuvieran casa ni cama ni lugar en el mundo, sir dejarlas ser silencio antes de ser palabras. En el cuento, como llovía tanto, se ponen a hablar de la lluvia, ¿de qué sino? ¿Para qué iban a hablar de otra cosa si era eso lo que les estaba pasando, juntos? Así es Chéjov, creo. Así era, al menos en el cuento que leí, la vida. Presente. Y este ruso se pone a su lado, del lado de la vida, ni demasiado cerca ni demasiado lejos ni en el borde ni en el precipicio ni al principio del todo ni tan dentro del fin.

Yo leí ese cuento en un tren que no me acuerdo a dónde iba porque me daba igual o porque estaba borracha o porque yo no quería saber hasta dónde podía llegar. Mis maletas y yo estábamos cansadas, de eso sí me acuerdo, y de que no parábamos de llorar. Llorar cansa, cansa mucho llorar, es agotador, te agota el alma. Y te hace vieja. Se acercó a nosotras un hombre con barba, perfumado como para esconder algún otro olor o dolor y con unas ojeras estratosféricas. No me miró, ni yo a él, miró mis maletas, eso sí. Se sentó a nuestro lado con su mochila y con el libro en la mano, una mano alargada de pianista ruso. Y empezó a llorar, así, sin más, sin hacer nada, sin hacer ruido, sin hacer caso. Entonces yo sí lo miré a él, fijamente. Y poco a poco dejé de llorar y mis maletas también lo dejaron. Qué exagerado es este tren, pensé, y todo lo que nos pasa y nosotros mismos que lloramos tanto y el perfume tan perfumado y la barba tan espesa y lo mucho que pesan nuestras maletas y el tema este de no saber a dónde vamos. Qué exagerado. Así que cuanto más lloraba él, menos lloraba yo. Su llanto se hizo rítmico, era bellissimo, lloraba con tranquilidad. Después llegamos a una estación, se levantó, cogió la mochila y se bajó del tren. Dentro de su vacío, en el asiento, estaba su libro.

Mira el libro.

Lo dejó ahí, solo, en su hueco, y yo lo saqué de su espacio hondo con mucho cuidado porque me daba miedo que su vacío me mordiera porque era un lugar misterioso y también algo melancólico, como los cuentos rusos, y porque yo temía que el libro pudiera darme un calambrazo o una descarga, de vida... no sé.

Lo abrí al azar cuando arrancó el tren.

El libro. Solo en el teatro se puede llegar a ser un hombre verdaderamente culto.

Yo. Una buena mujer.

El libro. Sin hablar del placer estético que proporciona.

Yo. Una mujer buena es buena porque no ama demasiado. ¿Placer?

El libro. Pero ¿es que el público entiende algo?

Yo. Es buena porque no es molesta cuando ama. ¿Lo entiendes?

El libro. Olenka se estaba poniendo gruesa y radiante de felicidad.

Yo. La felicidad de los que aman es molesta.

Deja de mirar el libro.

Una buena mujer no ama demasiado pero ama lo suficiente como para no ser molesta. Y nada de esto lo decía el cuento. Lo digo yo, que tengo mi propia opinión.

A mí me gustan los hombres. Me gustan hasta desfallecer. Cuando me enamoro elijo. Elijo enamorarme, sí, no es una cosa tonta que me pase de pronto como si yo fuera tonta. Yo no soy tonta. Me enamoro porque no soy tonta y por eso no me enamoro de hombres tontos, al contrario, me enamoro de hombres que lloran. Los hombres tontos no lloran. Los cuerpos de los hombres de los que me enamoro entran en mi cuerpo y mi cuerpo se hace doble. Ellos y los escritores rusos piensan que mi cuerpo se doblega, pero no es cierto, lo que ocurre es que mi cuerpo se duplica. Cuando me enamoro se me hinchan los pezones. Se me inflaman los labios. Se me abren los ojos. Se me alargan los dedos. Me crece el pelo, las ideas, las uñas, las opiniones, los lunares, las ilusiones. Y las certezas. Corro al mercado y compro fruta y flores como si estuviera acercándose un huracán, limpio los armarios y los lleno de manzanas, acorto todos los bajos de mis vestidos y rajo mis pantalones, me depilo el cuerpo todo y subo las escaleras de mi casa arriba y abajo como si toda yo fuera el rabo de un perro al que acaban de abrirle la jaula en la que llevaba encerrado un invierno o dos o cientos de

inviernos, rusos. El suelo por donde piso se llena de plumas. Vuelo.

EL TEATRO

La primera vez que me enamoré temblé tanto que tuve agujetas durante meses. Él era un hombre de teatro. El teatro es lo más importante y lo más útil del mundo. El día de mi boda y al día siguiente llovió sin descanso. Y él se quejaba, se quejaba tanto que yo me enamoré de él porque se quejaba. Desde el primer día hasta el último él no paró de quejarse y yo desde el último hasta el primero lo amé. Lo amé demasiado. O eso dicen las plumas. Yo me ocupaba de la casa, del teatro, de los acomodadores, de las ratas. Les prestaba dinero a los actores. A escondidas. Y empecé a odiar al público. Al público que no venía a nuestro teatro y al público que venía, porque ni unos ni otros entendían nada. No apagan los móviles. Tosen. No paran de toser. Tosen por enfermedad, por frivolidad y por molestar, tosen. Un día él se fue a Moscú. Se fue a contratar una compañía rusa para que viniera a nuestro teatro o se fue a follar con una rusa. No sé. El caso es que se fue. Un mes después recibí un whatsapp de alguien de esa compañía rusa o de esa rusa que le estaba haciendo compañía.

Hombre 1 ha muerto.

Muerto

Ah

Pobre 1...

¿Muerto? ¿Del todo?

Dios Todopoderoso.

¿Dónde estaba Dios? ¿Dónde estaba él? Y yo, ¿dónde estaba?

LA MUJER QUE AMABA DEMASIADO

Me borré. Nada que decir. Nada que opinar. Nada. ¿Les parece exagerado?

Mucha gente piensa que cuando amas demasiado desapareces. ¿Te mueres de amor y desapareces? Y por eso hacen esfuerzos infrahumanos y estúpidos, sí, esfuerzos tontos para no enamorarse. Pero no es así, al menos a mí me pasa lo contrario. Yo me borré cuando él se borró. Pero no desaparecí. Aquí estoy ¿no? Y me daba igual que se hubiera ido a Moscú a contratar una compañía o a follar con una rusa que le hiciera compañía, en Moscú. Yo me quedé muerta. Muerta de él, de mí misma, del mercado, de la farmacia, de la piscina, de la ferretería, de las escaleras, de la biblioteca, de todos los hombres y de todas las cosas que hacía con alegría, hasta entonces.

Mis opiniones sobre la muerte y la vida, sobre el amor y el tiempo, sobre los perros y los actores o sobre las ratas, se murieron conmigo. Qué tristeza, pensaron algunos y algunas.

Pausa.

No fue triste, fue bellísimo.

Hasta que una tarde llegó la primavera, los árboles salieron de su tregua y todo olía como huele ahora, a madera.

Oscuro.

LA MADERA

Encima de la mesa.

La madera es la cosa más importante y más útil del mundo.

La madera está carísima.

Qué cara está la madera.

No tengo tiempo de ir al teatro.

No hay nada bueno en el teatro.
Soy una trabajadora.
Los trabajadores no van al teatro.
Los trabajadores trabajan.
No salen. Ni siquiera los sábados.

Me enamoré de Hombre 2 porque nunca se quejaba, de nada, de nadie. Y también porque su piel olía a pintura y eso me recordaba los juguetes de madera que me regalaba mi padre. Yo amaba a mi padre. Y me enamoré de sus ojos color caoba y de sus piernas como troncos de encina y de sus manos llenas de nudos y de su voz de chopo ahogado y de su pelo lacio de sauce llorón y de su caminar salteado de pájaro carpintero y de su lengua áspera, que cuando entraba en mi boca me dejaba el paladar caliente y dulce, y me enamoré, también, de su palabra enjuta, de su sola palabra necesaria, útil como la corteza de un castaño. Me enamoré demasiado.

No hay que quejarse.
No hay que quejarse.
No hay que quejarse.

Él taladraba el silencio de nuestra casa con esa frase. Y a mí me gustaba, la frase, él y el olor a bosque que se quedaba pegado a mi ropa y en las sábanas. Pero sobre todas las cosas me fascinaban las formas que dibujaban en el aire las virutas de la madera cuando el viento se colaba en el almacén.

Yo lo amaba. ¿Demasiado? Yo me callaba y trabajaba: en casa, en el almacén de madera, en el almacén de madera, en casa, en el almacén.

*Saca un martillo de su bolso y comienza a golpear
con fuerza la mesa de madera.*

LA MUJER QUE AMABA DEMASIADO

Un día me puse mi vestido de seda y salimos de casa y salimos del almacén de madera y salimos a bailar y dimos un paseo por el bosque. El vestido me rozaba los muslos. El aire olía como él y el bosque y yo éramos para él. El mundo era de madera y yo un juguete en el mundo. Y eso, a mí, me daba ganas de llorar.

Deja de golpear la mesa.

Lloro toda la noche si él pasa la noche fuera de casa. Cuando no lloro me aburro. Cuando me aburro viene a verme a casa Hombre 3, que es veterinario. Mi amigo y yo lloramos y nos quejamos de todo, absolutamente de todo. Qué placer.

Golpea de nuevo, con gusto.

Qué gusto poder quejarse de todo y llorar, qué gusto. El 3 sufre y yo me aburro. Yo me abrazo a él y ya no me aburro y él ya no sufre.

Cuando Hombre 2 vuelve a casa bebe té caliente.

Dejo de llorar.

Dejo de quejarme.

Dejo de ver a Hombre 3.

Dejo que las manos de 2 entren en mi cuerpo como en su nido el pájaro carpintero.

Dejo que salga al patio con la cabeza descubierta.

Dejo que coja frío.

Dejo que se muera de frío.

Dejo que se muera.

Pobre 2...

Dejo de golpear.

Lo hace.

Pausa. Silencio

Las vacas enfermas dan leche mala y la leche mala enferma a los hombres.

LOS ANIMALES

La vida animal.

El tacto animal.

La risa animal.

El presente animal.

El amor animal.

La vida es un animal que se aferra y te come o te llena de nubes, que te quiere o te rechaza. La vida no se posee. Por eso se desea. No se posee al que se ama, no se ama al que se posee. Solamente hay que posar la mano sobre otra mano y se sabe, al instante, si en esa mano está, ahora, o quizá mañana, o ya estaba desde ayer, el centro del mundo. Y hay que oler como un animal, oler al otro para entender el miedo, la ternura, la fragilidad, el vértigo que el otro lleva dentro desde que nace.

Eso, así, es lo que me pasa a mí, contigo, mi querido hombre animal. Me enamoro de ti porque hay días en los que te quejas, porque hay noches en las que no, porque limpias el fango y la caca de tus botas de plástico con la delicadeza de un médico retirando la sangre del cuerpo de un recién nacido, porque me hablas al oído y salen de mi boca gemidos de animal y después abrimos la ventana, haga frío o calor o ambas cosas en una, y entra en nuestra cama una bandada de pájaros esqueléticos. Y tú los cuidas. Y me abrazas. Y yo a ti. Y los pájaros se quedan toda la noche con nosotros en nuestra almohada. Nosotros. Hasta que amanece y se van todos a la vez por la ventana pero ya no son pájaros esqueléticos sino gaviotas inflamadas como velas de barcos.

Te quiero Hombre 3 porque
te levantas a las seis de la mañana

LA MUJER QUE AMABA DEMASIADO

te calzas las botas de plástico
caminas diez kilómetros o veinte o treinta
metes el brazo entero en la vaca negra y sacas un niño.
La vaca negra grita de dolor.
El niño blanco grita de vida.

El niño que salió un día de la vaca viene contigo a mi casa.
Lo mira todo y a mí, lo toca todo y a mí, lo rompe todo y a
mí. Él y tú habláis de la madre de él mientras os metéis en
la boca trozos de carne. Yo os miro masticar y os escucho,
callada. El niño tiene ojos redondos de vaca. Yo te miro a
ti, a los ojos, y tú me dejas penetrarte y quedarme dentro.
Y descansar. Y amarte. Amarte demasiado. ¿Demasiado?
Pero yo no tengo sueño tengo ganas de gemir bailar llorar
comer vivir. Y tú lo ves y lo sabes. Me eliges. Y yo, como
hice un día, poso otra vez mi mano en la tuya y al instante
entiendo tu miedo tu ternura tu fragilidad y tu vértigo.
Pero después... Salgo del cuento. Cierro el libro. Abro los
ojos. El tren se para y yo...

Te suelto suelto suelto...
Te despido en la puerta.
Te abrazo abrazo abrazo abrazo...
Y te suelto.

AHORA.

Tu niño duerme en mi cama.

Tu niño huele a vaca.

Tu niño es mi niño.

Ay Dios mío...

Ay

Dios

mío

amor AMAR amor

niño

teatro

madera

animal

Nunca es demasiado.

Introduce su cabeza dentro de la cabeza de vaca. Se sirve un chupito de vodka, bebe. Mira a público, juega con su cuerpo y con el martillo. No baila.

MÚSICA: "María Elena" de Nat King Cole

Oscuro Final.